

La peregrinación fingida

ISABEL DE RIQUER

Peregrino: el que sale de su tierra en romería a visitar alguna casa santa o lugar santo¹.

Peregrinación, viaje, los términos se confunden, se sobreponen. Fue el viaje por excelencia de la Edad Media; el viaje que todos quisieron hacer y que casi todos realizaron: reyes, emperadores, papas, caballeros, soldados, monjes, clérigos, trovadores, juglares, burgueses, mendigos; sanos y enfermos, hombres y mujeres, todos, caminando o en cabalgaduras, en solitario o en grupos que se iban transformando durante el camino, pues algunos abandonaban y otros se incorporaban. En dirección a un lugar sagrado: Jerusalén, Roma, Santiago o al santuario más próximo o al del santo que se había «especializado» en un favor determinado. Recogiendo palmas o conchas, dejando ex-votos y limosnas, llevándose reliquias. Peregrinación para cumplir una promesa, curarse de una enfermedad o defecto congénito, implorar una gracia especial.

También existían otros motivos no tan piadosos: obtener un favor material o por intereses políticos como algunas peregrinaciones de reyes, emperadores o papas que en cierta manera justificaban algunos de sus actos pasados o futuros al pedir el apoyo divino o el de sus santos protectores.

La idea de que se podía hacer una peregrinación en el lugar de otro puede parecer en principio algo absurdo porque sabemos que es un acto individual de fe, pero en la Edad Media se dieron muchos casos en que por disposición testamentaria quien no podía cumplir su voto de peregrinación en vida lo transmitía a sus herederos. Hubo también algunos hombres para los que hacer una peregrinación se convirtió en un oficio, en una manera de ganarse la vida y sostener a su familia; eran, pues, peregrinos profesionales a los que se pagaba mediante contrato por cada peregrinación que se les encargaba. Otra clase de peregrinos y no por voluntad propia fueron aquellos a los que un tribunal civil o eclesiástico les imponía el viaje a un lugar sagrado determinado para expiar sus culpas y se les obligaba a volver con una prueba de haber cumplido la penitencia. Estos peregrinos

1. Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. de Riquer, Altafulla, Barcelona, 1987, p. 863. Entre la abundante bibliografía sobre las peregrinaciones en la Edad Media, véase: L.V. de Parga, J. M. Lacarra, J. Uría, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1948-1949, 3 v.; P.A. Sigal, *Les Marcheurs de Dieu. Pèlerinages et pèlerins au Moyen Age*, Paris, A. Colin, 1974; A.A.V.V. *Voyage, quête, pèlerinage dans la littérature et la civilisation médiévales*, Aix-en-Provence, 1976, (Senefiance, 2); A.A.V.V. *Le pèlerinage*, Toulouse, Privat, 1980, (Cahiers de Fanjeaux, 15); P. A. Sigal, «La société des pèlerins» en *Saint Jacques de Compostelle*, Turnhout, Brepols, 1985.

fueron vistos siempre con recelo y prevención pues eran con frecuencia delincuentes y criminales que andaban sueltos por las vías de peregrinación, juntándose a veces con otros como ellos para cometer delitos contra los peregrinos vocacionales.

Las opiniones acerca de los peregrinos fueron también muy diversas; junto al respeto hacia la mayoría de ellos, otros fueron muy mal vistos. Por ejemplo, las mujeres: de ellas se decía que no las movía al viaje la piedad sino el tener una excusa para escapar de sus tareas domésticas y de la disciplina diaria y, sobre todo, que distraían con su presencia a los ascéticos peregrinos. Pero estas mujeres, a las que no vamos a negarles la misma disposición piadosa que los hombres, precisamente por su condición femenina corrían más peligros que ellos, e incluso a las religiosas les fue prohibido durante muchos años emprender una peregrinación.

Cuando el peregrino quería emprender una peregrinación se integraba a una nueva sociedad que le otorgaba una serie de distintivos para realizar su misión: vestimenta característica, insignias y una condición jurídica, la *lex peregrinorum*. Y de la misma manera que el caballero se distinguía por sus armas, el sacerdote por la tonsura y el penitente por el cilicio y los cabellos largos, también a los peregrinos les caracterizaban unos atributos: el bordón, las alforjas y la esclavina, que recibían de un sacerdote en una ceremonia religiosa y a los que más tarde se añadieron la concha, la calabaza y unos estuches metálicos que llevaban en bandolera o en el cinturón y que guardaban los salvoconductos, cartas de recomendación, indulgencias, etc. Eran, pues, unos viajeros privilegiados al estar bajo la protección de la Iglesia, que además les concedía indulgencias.

Entonces el peregrino, palmero o romero, exiliado voluntario de su medio familiar y social, quedaba imbuido de la conciencia de pertenecer a un «nosotros» supranacional por encima de las diferentes lenguas, estado jurídico o social, edad, sexo.

Pero algunas personas quisieron aprovecharse de la despersonalización que suponía formar parte de un grupo de peregrinos, vestidos todos más o menos igual, siguiendo una ruta determinada y con especiales privilegios en hospederías y en los lugares de paso y sobre todo de procedencia e intereses tan diversos.

Ladrones y vagabundos se unieron a los peregrinos para robarles o para aprovecharse de las limosnas, los mercaderes emprendían estos viajes para beneficiarse con intercambios comerciales. Otros pasaban mensajes secretos dentro del bordón, o ocultaban en él toda clase de objetos, como hicieron unos viajeros que sacaron de China huevos de gusanos de seda escondidos en el bordón. Es decir que había quien aprovechaba el viaje y los privilegios de los peregrinos para hacer contrabando. El frecuente paso de peregrinos del condado de Artois a Santiago enviados por la condesa Mahaut entre 1312 y 1329 era en realidad un contrabando de caballos entre Francia y España simulado tras los piadosos propósitos de una peregrinación vicaria.

En 1272 tres cátaros, dos mujeres y un hombre de Tolosa, se unieron a un grupo de peregrinos para encontrarse con sus compañeros en un viaje fuera de toda sospecha. Treta que repitieron muchos más herejes del sur de Francia para circular desde Lombardía a Santiago sin levantar recelos y además ir haciendo prosélitos; aunque algunos fueron descubiertos y acabaron en la hoguera.

Así pues, si los herejes, los ladrones, los mercaderes y los mensajeros podían pasar inadvertidos entre los peregrinos, también por otros motivos, algunas perso-

nas que no querían ser reconocidas podían vestirse *ad modum peregrinorum*, es decir, disfrazarse de peregrinos.

Albero, arzobispo de Tréveris entre 1130 y 1150, como muchos prelados medievales no sólo velaba por las almas de sus diocesanos sino que también se dedicaba a actividades políticas y militares. Para lograr sus propósitos en este campo disponía de toda clase de recursos y llegó a ser un maestro en el arte del engaño y del camuflaje sin importarle teñirse la barba y los cabellos, fingirse paralítico o disfrazado de mendigo pedir limosna al rey, su gran enemigo. Y no dudó en vestirse de peregrina para poder depositar sobre el altar de la catedral sin que nadie se lo impidiera un mensaje del papa; dice su biógrafo Balderico, «un velo, como el que llevan las mujeres, le cubría la cabeza y el rostro, y un manto oscuro le ocultaba el cuerpo»².

Rodrigo Ximenez de Rada, el Toledano, cuando escribe en *De rebus Hispaniae* el final de Alfonso el Batallador en la batalla de Fraga, dice que mucha gente creyó que había muerto, pero que otros afirmaban que había huido disfrazado de peregrino para que los suyos no le vieran vencido. Así se justificaba que unos años más tarde, reinando su nieto Alfonso II de Aragón, apareciera un hombre que decía ser el Batallador, y como el número de sus partidarios aumentaba sin cesar, el rey Alfonso II, lo hizo ahorcar³.

Un falso peregrino fue el gramático Juan de Garlandia; él mismo nos lo explica en *De triumphis ecclesiae*, poema épico de exaltación de las cruzadas. En 1220 se marchó de París porque una larga huelga paralizó el curso de la Universidad; él y y otros profesores se trasladaron a Tolosa para seguir impartiendo sus clases sobre los autores clásicos. Pero en Tolosa se respiraba un ambiente hostil hacia los doctores parisinos y Juan de Garlandia, que se había hecho notar por sus ataques contra Simón de Montfort por el asedio de Tolosa, decidió regresar a París. Ahora el relato de sus peripecias se hace algo confuso e incoherente; por temor a ser reconocido no toma la ruta habitual sino que sube a un barco que va por el Gerona. Tiene problemas con la tripulación porque el gramático no entiende la lengua de occ; y por las incoherencias al narrar la travesía advertimos que padece una exagerada manía persecutoria. Al llegar a Moissac encuentra en el puerto un grupo de peregrinos que regresaban de Santiago; abandonó el barco y se unió a ellos, y caminando a su lado *peregrinus cum peregrinis* llegó sano y salvo el autor de la *Poetria*⁴.

No todos fueron tan famosos. Hubo muchos falsos peregrinos, muchísimos que no dejaron ni su nombre ni sus obras. Este falso peregrino, hereje, mercader, mendigo o truhán recibió el nombre de *coquillard*, por la concha o *coquille* de los peregrinos jacobeos, o «bordonero» que, como dice Covarrubias, es «el que disimulado con el hábito de peregrino y el bordón anda vagando por el mundo por no trabajar»⁵.

La sociedad medieval es una sociedad en continuo desplazamiento y la literatura de los siglos XII y XIII, francesa, provenzal y galaico-portuguesa, que es la

2. Norbert Ohler, *I viaggi nel Medio Evo*, Garzanti, Milán, 1988, pp. 268-272.

3. *De rebus Hispaniae*, t.II, Madrid, 1793, pp. 150-151.

4. Y. Dossat, «Types exceptionnels de pèlerins: L'hérétique, le voyageur déguisé, le professionnel» en *Le pèlerinage*, Toulouse, Privat, 1980 (Cahiers de Fanjeaux, 15) pp. 215-218.

5. *Tesoro...* p. 229.

que aquí vamos a contemplar es una literatura de movimiento. Tanto en la epopeya, como en las diversas formas de la narrativa los actos de los personajes se desarrollan siempre en diferentes lugares; los viajes de los protagonistas y de los demás personajes son constantes. El relato transcurre paralelamente a los pasos de estos héroes: guerras, embajadas, luchas feudales, viajes, torneos, cacerías, *questes*, peregrinaciones. Siempre dispuestos a partir y siempre a punto para ir a parlamentar con Marsil o para ir a «adorar la cruz y el sepulcro a Jerusalén», o para cazar el ciervo blanco, o para conseguir un feudo o un matrimonio ventajoso, o para ser el primero en llegar a la Fuente de la Fuente o para encontrar la lanza y el graal. La salida hacia cualquier sitio no es nunca un acontecimiento fortuito o gratuito en la narración porque tiene una función específica: la de lanzar la acción y la de ir elaborando el relato.

Por la época en que se redactaron los cantares de gesta franceses, por el marco en que transcurre la acción y por el espíritu cristiano que anima a la mayor parte de ellos, la peregrinación aparece con frecuencia. Peregrinaciones ficticias que los personajes históricos que las emprenden en los cantares nunca realizaron⁶.

Carlomango libera el sepulcro de Santiago de manos de los infieles y abre de nuevo el camino para los peregrinos; pero también acude en peregrinación a la tumba del apóstol en varios cantares de gesta. Guillermo de Tolosa va a Roma en peregrinación a ver al Papa; Bernier, el escudero de Raúl de Cambrai, va con Beatriz, su mujer, a San Gil de Provenza para pedir perdón al santo por haber matado en combate a su señor; y en las últimas tiradas del cantar acude con su suegro, Guerri el Rojo, a Santiago en una peregrinación que parece ser de acción de gracias. En *Gerbert de Metz* dos nobles, Guerin y Gerbert, acuden a Santiago y también Sabaoth en *Beves de Hantone*. Incluso en *Aye d'Avignon* el rey sarraceno Gannor peregrina a la Meca. En otros cantares se alude a las peregrinaciones de algunos de los personajes pero sin dar cuenta del lugar o enumerando toda una serie de santuarios que se han visitado expresando de manera vaga los motivos, con preferencia de orden espiritual.

Ahora bien, estas peregrinaciones de los personajes épicos no tienen en sí gran transcendencia dentro del cantar de gesta; no supone una modificación ni añaden nada al relato, ni tampoco es un acto decisivo en la vida del héroe. Es el deseo de incluir en el relato esta práctica religiosa tan común y a la vez tan prestigiosa de la sociedad medieval.

También encontramos en los cantares de gesta otros peregrinos que no tienen nombre propio ni rango épico. Son llamados *pelerin*, *palmier*, *romeu*, nombres que se emplean indistintamente sin intención de especializarlos pues no parece que se les atribuya a cada uno un sentido diferente, es decir que designan al mismo tipo de viajero: incluso a veces se utilizan los dos nombres a la vez: *Atant ez vous venu. I. pelerin paumier*. (*Aye d'Avignon*, v. 1795) y también en documentos de archivo como en *Les coutumes de Saint-Guilles (XII-XIV)*; *peregrini quod romeros dicimus*.

Este peregrino desindividualizado actúa en el cantar como informador. Viene de lejos y ha hablado con hombres de otros países. El encuentro, casual, no lo es

6. J. Subrenat, *Saint Jacques, ses pèlerins, son chemin dans les chansons de geste françaises*. «VIII Congreso de la Société Rencesvals», Pamplona-Santiago de Compostela, 1981, pp. 505-511; C.E. Roth, *Vrais et faux pèlerins sur les routes des chansons de geste*, en *La chanson de geste et le mythe carolingien*. Mélanges René Louis, t.II, 1982, pp. 1087-1103.

para la estructura del relato: es un recurso para dar a conocer acontecimientos que han sucedido en otro lugar sin necesidad de ir allí. Quizá sea este el aspecto más explotado de la figura del peregrino en los cantares de gesta, como agentes de noticias, como narradores de otra historia:

En mi sa veie encuentre un pelerin,
L'escharpe al col, el poing le fust fraisnin;
Onc ne veïstes tant gaillart pelerin;
Blanche ot la barbe come flor en avril.
Veit le Guillelmes, si l'a a raison mis:
—Dont iés tu, frere? —De Tors de Saint-Martin.
—Ses tu noveles nules? Car nos en di.
—Oïl, bels sire, del petit Looïs.

Coronement Looïs, vv. 1453-1460.

En mitad del camino encontró a un peregrino: las alforjas al cuello y en la mano el bordón; nunca visteis peregrino tan gallardo; tenía la barba blanca como flor de abril. Cuando Guillermo le vio, le preguntó: —«¿De dónde eres, hermano? —«De San Martín de Tours». —«¿Sabes alguna noticia? Dínosla». —Sí, buen señor, del pequeño Luis».

La peregrinación fingida tiene otra función en los cantares de gesta. Es una estrategia, un ardid para conseguir un fin que no tiene nada que ver con la práctica de piedad que suponía emprender tal viaje. En la peregrinación fingida no se camina hacia un lugar sagrado, en ningún momento hay arrepentimiento ni acción de gracias, ni petición. No constituye tampoco el argumento del cantar; pero no es un episodio aislado o marginal: es necesario porque sin ella no se podría llegar al éxito del héroe, tanto personal como al de su comunidad⁷.

Es necesario que Carlomagno compruebe por sí mismo la gallardía y el poder del rey de Constantinopla y también que conozca la situación militar de Lucerna o de Angers para apoderarse de estas ciudades; es necesario que Bernier averigüe si Beatriz le ha sido fiel mientras estaba casada con otro hombre, y que el rey Gagnor vuelva a ver a su amada Aya o que dos enviados sarracenos de Marsil sepan las intenciones políticas de Carlomagno.

Averiguar todo esto supone un viaje, pero un viaje de incógnito y nada mejor que fingir una peregrinación, vestirse de peregrino y emprender el camino sabiendo que su paso será respetado, que siempre será bien acogido.

En el cantar de gesta conocido por algunos romanistas como *Pèlerinage de Charlemagne* y por otros como *Voyage de Charlemagne*, se narra, entre los más variados e insólitos incidentes, la peregrinación del emperador franco a Jerusalén y

7. W.W. Kibler, *The fake-pilgrim in Lion de Bourges*. «Romance Notes», XI, 1969, pp. 1-7. F. Suard, *Le Motif du déguisement dans quelques chansons du cycle de Guillaume d'Orange*. «Olifant», vol. 7. N.º 4, 1980, pp. 343-358. Algunos de estos «falsos peregrinos» que aparecen en textos franceses y provenzales de los ss. XII y XIII están recogidos en mi artículo *Ad modum peregrinorum* (en prensa).

a los Santos Lugares. Viaje o peregrinación que Carlomagno nunca realizó, nos movemos dentro de la ficción literaria⁸.

Carlomagno en su palacio de París convoca a sus pares y a más de mil guerreros y les dice:

«Seignors», dist l'emperere. «un petit m'entendez:
en un lointain reume, si Due pleist, en irrez
Jerusalem requere, la terre Damnedeu.
La Croiz e le Sepulcre voil aler aürer;
jo l'ai trei feiz sunged, moi i convent aler» (vv. 67-71).

«Señores», dijo el emperador. «oídme un momento: si Dios quiere vais a ir a un reino lejano en demanda de Jerusalén, la tierra de Nuestro Señor. Quiero ir a adorar la Cruz y el Sepulcro; lo he soñado tres veces y debo ir».

Y después de haber pronunciado estas palabras:

Li emperere de France feit cunreer sa gent;
ceols qui alerent od lui cunreat gentement:
asez lur ad donez, entre or fin e argent.
N'i unt escuz ne lances ne espees trenchauz,
meis fustz feret de fraine e escrepes pendanz;
n'i funt ferrer destrés ne detrez ne devant;
les mulz e les sumers afeutrent li servant,
e funt pleines les males, entre or fin e argent,
de veisauz, de deners e d'autre garnement;
faudestoulz d'or i portent e treis de seie blanc.
A Seint Denis de France li reis s'escrepe prent;
li arcevesche Turpin li seignat gentement,
e si prist il la sue, e Franceis ensement,
e munterent as mulz, qu'orent forz e amblanz. (vv. 76-89).

El emperador de Francia hizo preparar a su gente. No llevan escudos, ni lanzas ni cortantes espadas, sino bastones de fresno con la contera de hierro y alforjas al hombro; no han hecho herrar los corceles ni por detrás ni por delante; y llenan las maletas de oro puro y de plata, de vajilla, de dinero y de otras guarniciones; llevan sillones de oro y pabellones de seda blanca. En San Denis de Francia el rey tomó la alforja y el arzobispo Turpín la bendijo solemnemente, luego tomó él la suya y lo mismo hicieron los franceses y montaron en los mulos fuertes y trotones.

Antes de emprender la marcha el emperador vuelve la cabeza y al contemplar la impresionante comitiva exclama: «¡Qué gallarda compañía de peregrinos errantes!». (v. 95).

Carlomagno se había inventado sus tres sueños. El sueño, lo que se sueña es en los cantares de gesta y en toda la narrativa medieval, un resorte para lanzar la acción. Carlomagno de esta manera da a los francos una motivación piadosa: «adorar la Cruz y el Sepulcro», para un fin que no lo era en absoluto; la orden divina precipita una decisión personal, justifica un frívolo interés. Porque el punto de arranque del *Pèlerinage* es una rencilla matrimonial entre Carlomagno y la rei-

8. *Pèlerinage de Charlemagne. Peregrinación de Carlomagno*. ed. de Isabel de Riquer, Barcelona, el Festín de Esopo, 1984.

na, su mujer, cuando ella comete la indiscreción de afirmar que sólo existe otro rey que lleve la corona con más apostura que él. Bajo amenazas la reina confiesa que se trata de Hugo de Constantinopla que, además, es más rico en bienes y en oro que el rey francés. Y como tan ofensiva afirmación ha sido dicha en presencia de los caballeros francos, Carlomagno se propone desmentirla: irá a Constantinopla para comprobarlo. Dos veces repite Carlomagno su deseo de ir a ver la gallardía del rey griego (vv. 51 y 57), antes de «soñar» que debe ir a Jerusalén. Y una vez organizada la ortodoxa peregrinación: indumentaria y bendición de los atributos de peregrino, los francos se ponen en camino con cabalgaduras fuertes que resisten largos y pesados caminos.

Carlomagno no disfraza su rostro ni su aspecto, se viste de peregrino y emprende el camino como rey Carlos y con su séquito; lo que finge, lo que oculta son sus verdaderas intenciones, el auténtico motivo de emprender una peregrinación que no va a Santiago ni a Roma, sino a Jerusalén, al lado de Constantinopla.

El largo viaje atraviesa casi toda Europa, una Europa en paz en donde nada impide el paso de la impresionante comitiva. Desde París a Jerusalén van siguiendo el itinerario de los cruzados y de los peregrinos de verdad: itinerario lógico en lo que se refiere a Occidente y algo incoherente y desordenado al llegar a Oriente. Los peregrinos cumplen con todos los ritos de su condición: al llegar a Jerusalén llevan en primer lugar sus ofrendas a una Iglesia; toman las palmas en Jericó, serán, pues, palmeros, y también reciben un generoso lote de reliquias de manos del patriarca. Reemprenden el camino al grito de ¡*Utrea, Deus aïe!* (v.243) «Adelante, con la ayuda de Dios!», grito que encontramos en las canciones de cruzada, tanto en latín, *utreia*, como en francés⁹.

El episodio de la peregrinación de Carlomagno ocupa aproximadamente la cuarta parte del cantar. El resto del viaje es la estancia en Constantinopla de Carlomagno y de los francos y su triunfo sobre el rey Hugo, no sólo porque Carlomagno lleva mejor la corona que él sino porque el rey griego se convierte en vasallo del rey francés y el imperio bizantino en feudatario del imperio franco. Todo ello gracias a la acción milagrosa de las reliquias recibidas en Jerusalén que sirven para que los francos realicen algunos de sus *gabs*, disparatadas fanfarronadas o bromas pesadas dirigidas contra el rey Hugo que les había humillado con tanta riqueza y ostentación¹⁰.

En otros dos cantares de gesta más tardíos Carlomagno tiene esta vez la necesidad de no ser reconocido. Esta vez el rey franco ocultará su rostro y transformará su aspecto e irá vestido como uno de estos muchos peregrinos pobres, a pie y solo. El motivo es el de introducirse en una ciudad en poder de los sarracenos¹¹.

En *Gui de Bourgogne* el emperador franco para entrar en Lucerna sin ser reconocido pide a un palmero que le cambie sus vestidos rotos por los suyos, muy ricos. La caracterización es descrita minuciosamente y parece perfecta: Carlos se pone la andrajosa túnica, se calza las huesas, se anuda al cuello la esclavina de

9. G. Paris, *La chanson du Pèlerinage de Charlemagne*. «Romania» IX, 1880, pp. 1-50; p. 44.

10. I. de Riquer, «13 de diciembre de 1983. Desaparece la Sagrada Túnica de la abadía de Saint Denis» en *Patio de Letras. Revista de Filología i Literatura*. 7, (març 1984), Universitat de Barcelona, pp. 97-104.

11. G. Paris, *Histoire poétique de Charlemagne*, Paris, 1865, p. 365; Ph. Ménard, *Le rire et le sourire dans le roman courtois en France au Moyen Age (1150-1250)*, Genève, Droz, 1969, pp. 104 y 345.

cordobán, toma el recio bordón, el sombrero y la palma, e incluso con un cuchillo se hace heridas en los pies y se los ensucia de hollín para que parezcan los pies lacrados de un auténtico peregrino; y para dar más realismo a su aspecto dice el cantar: «Oid ahora cómo se desfiguró el rey: empezó a mover el cuello hacia atrás como si temblara, torció la boca hacia la nariz y así llegó hasta la puerta: nadie se lo impidió. Oid ahora cómo se desfiguró el rey: arrastraba las piernas como si estuviera exhausto y así se dirigió hacia la torre. Entonces un golpe de viento llegó hasta el rey y le arrebató el sombrero de la cabeza y apareció su rostro, su boca y su nariz» (vv. 1326-1333).

En *Gaydon* el emperador se introduce en la ciudad de Angers de la siguiente manera: «El rey Carlos de la barba florida se quitó sus ropas y sin detenerse puso sobre sus hombros una esclavina negra: tiñó su rostro con hollín molido, se puso un sombrero redondo y retorcido y un bordón con la punta afilada, las alforjas bien sujetas al cuello. Los francos rieron al verlo» (vv. 9770-9778). A pesar de ello es hecho prisionero por sus enemigos a los que acabará venciendo¹².

Estos dos episodios son breves pero se describe minuciosamente el cambio de ropas pues es un auténtico disfraz; no hay ruta de peregrinación ni muestra alguna de piedad. Los dos cantares se han aprovechado del «tipo» del peregrino, pacífico viajero, para lograr un fin épico, la victoria militar de los francos y de su emperador.

Bernier es otro personaje de la épica francesa que decide vestirse una vez de peregrino sin ninguna finalidad devota. Entre los dos viajes de auténtica peregrinación antes aludidos hay otro episodio en *Raül de Cambrai* en el que Bernier emprende una peregrinación fingida.

Creuyendo todo el mundo que Bernier ha muerto a manos de los sarracenos, el rey y el padre de Beatriz, su mujer, conciertan el matrimonio de ésta con el noble Archembaut de Ponthieu. Cuando después de mil peripecias Bernier conoce la noticia dice:

«Hé! Diex aïde!» dist li vassax B.,
 «Comment ravrai ma cortoise mollier?
 «A li irai en guise de paumier;
 «N'ira o moi serjant ne escuier,
 «Ne monterai sor mul ne sor destrier
 «Tant que savrai se jamais m'avra chier.
 «Je vous en proïs, Savaris biax dous niers,
 «Faites des miens. iij.m. aparillier,
 «Et après moi en Pontif cheveuchier.
 «Qui m'aideront se je en ai mestier».
 Et B. ne s'i est atargiés:
 Airecément fist broier en .j. mortier
 Et autres herbes qui molt font a prisier.
 Si en a oins ses janbes et ces piés,
 Et son viaire et son col par derier.
 Vest une wite traïnant dusqu'es piés;
 Chapel de l'autre ot li bers en son chief.
 Et Savaris la prist a convoier
 Dusqu'au matin que il fu esclairiés.

12. F. Guessard et H. Micheland, *Gui de Bourgogne*. A.P.F., Paris, 1858; F. Guessard et S. Luce, *Gaydon*, A.P.F., Paris, 1864.

Au depatir vait son oncle baisier:
 «Oncle , » dist il, «ne vous chaut d'esmaier:
 «Sos ciel n'a home qui vous puist entiercier.
 «Ne sanblés pas le josteor B.,
 «Tro bien sanblés truans et pautonnier». (vv. 7145-7168).

«Ay, ayúdame. Dios mio —dice el noble Bernier—. ¿Cómo podré encontrar a mi noble esposa? Ya lo sé. Iré allí disfrazado de peregrino, no llevaré ni servidor ni escudero, ni montaré ni mulo ni caballo; quiero saber si todavía me ama. Os ruego, mi bueno y dulce sobrino Savaris, que ordenéis que se preparen tres mil de mis caballeros y que cabalguen detrás de mí hacia Ponthieu para ayudarme si tengo necesidad de ellos».

Sin perder un instante Bernier hizo machacar en un mortero tinta y unas hierbas muy eficaces para untarse con ello las piernas, los pies, la cara y la nuca. Se cubrió con una túnica que le llegaba hasta los pies y con un sombrero de fieltro. Savaris le hizo compañía hasta el día siguiente. Cuando amaneció se separó de su tío y le besó:

«Tío —le dijo—, no temáis nada, no hay hombre bajo el cielo que os pueda reconocer. No os parecéis en nada a Bernier, el guerrero, sino a un truhán o un vagabundo».

Bernier ha quedado irreconocible. Con su disfraz se ha despojado de su rango feudal, de sus atributos de caballero, de su rostro y de su nombre: es un peregrino y como peregrino que regresa de San Gil llega hasta Beatriz, su mujer, que no le reconoce y que con hierbas mágicas y artimañas se ha mantenido fiel a él. Gracias a la astucia de Bernier, Archembaut quedará burlado porque el peregrino le arrebató ante sus propios ojos a su mujer¹³.

En *Anseïs de Cartage* y en *Aye d'Avignon*¹⁴ quienes fingen una peregrinación cristiana son los sarracenos. Su finalidad es la misma que la de los personajes de los cantares antes aludidos: estrategia política en *Anseïs (A.C.)* y ardid amoroso en *Aye (A.A.)*. La técnica literaria es también la misma: la detallada descripción del cambio de indumentaria y el aspecto de andrajoso peregrino, común a todos los que hasta ahora hemos visto, excepto en el *Pèlerinage*. Para los sarracenos este *tapinage*, ocultación (v. 8070 A.C.) es la manera simple y muy eficaz de introducirse en territorio franco sin levantar la más mínima sospecha. Pero el episodio en ambos cantares introduce un nuevo elemento: en *Anseïs* se escogen dos emisarios de Marsil porque conocen una gran cantidad de lenguas y de dialectos (vv. 8047 y ss.) y el rey Ganor en *Aye* se hace acompañar por un *latinier* (v.2315). Aquí observamos una de las escasas muestras, y por ello creo que importante, de conciencia lingüística en los cantares de gesta, en la que se hace notar que los sarracenos y los francos no hablan la misma lengua.

El viaje de estos sarracenos, ahora peregrinos cristianos, por tierras de España y de Francia transcurrirá sin riesgo ni sobresalto alguno. Y así es: su indumenta-

13. P. Meyer et A. Longnon, *Raoul de Cambrai. Chanson de geste*, París, S.A.T.F., 1982, repr. 1965; *Raúl de Cambrai. Cantar de gesta francés*. Intr. y traducción por Anna M.^a Mussons, Gabriel Oliver, Isabel de Riquer, Barcelona, P.P.U., Textos medievales, 1987, CCCXXXVIII, pp. 240-251.

14. *Anseïs von Karthago*, herausgegeben von Johann Alton, Tubinga, 1892; *Aye d'Avignon. Chanson de geste* par F. Guessard et P. Meyer, París, 1861.

ria y su dominio de las lenguas les hace sentirse seguros ante el rey franco, ante la condesa Aya o ante cualquiera que se cruce en su camino. De ahí la locuacidad de ambos al dar cuenta de todos los santuarios visitados y de las ciudades por donde han pasado dentro de una total identificación con los peregrinos cristianos y dando muestras de auténtica piedad y devoción (vv. *A.C.* 8143-8156; *A.A.* 2406-2411).

Hemos visto que la desfiguración o ennegrecimiento del rostro y la descripción de la indumentaria de los falsos peregrinos de los cantares de gesta franceses se detalla paso a paso, se comenta cada una de las prendas que se ponen, lo que no ocurre con los verdaderos peregrinos pues generalmente son simples enumeraciones. Porque, en los falsos, el cambio de vestido es un cambio de estado y un momento importante: el auditorio ha de recordar siempre quién se esconde debajo de la capa y del sombrero; qué nombre de héroe se oculta bajo el común apelativo de peregrino, palmero o romero a partir de aquel momento.

Pero creo que esta lentitud narrativa, más en unos cantares que en otros, otorga a estos episodios un cierto aire de comicidad. Fijémonos que estos falsos peregrinos, andrajosos y descalzos, son Carlomagno, o el valiente escudero Bernier, o el rey Gaydon, o los nobles y cultos mensajeros de Marsil; son guerreros, nunca han llevado otro traje que el arnés y sus manos sólo han abrazado escudos y empuñado espadas o lanzas, su vestimenta siempre ha sido el signo preciso del orden al que pertenecían y si han emprendido una peregrinación en otros cantares ha sido a caballo y con su nombre y rango.

Este efecto cómico que a veces nos es difícil de discernir en los textos medievales, porque la ironía, la sonrisa y la carcajada no son las nuestras, creo que está precisamente en estos versos que describen el momento de cambiar de aspecto, de vestirse de peregrino; en el cuidado que tiene Carlomagno en ensuciarse y lacerarse sus pies ¡tan blancos! como se señala en *G. de Bourgogne*, en desfigurar su rostro con tintes o con muecas y en retorcer el cuerpo. También Bernier se tiñe el rostro y lo esconde: su aspecto es de truhán. El rey Ganor dice que no se bañará en un año y se dejará crecer la barba como los peregrinos cristianos (*A.A.* vv. 2309-2310) y los mensajeros de Marsil rechazan los caballos que les quiere regalar Carlomagno porque, dicen ellos, no saben montar ya que son unos pobre peregrinos (*A.C.* vv. 8170-8174).

Se ha hecho una utilización paródica del motivo del armamento del guerrero: el estilo elevado y grandilocuente, el «sermo sublimis», propio del cantar de gesta llegaba a sus cotas más altas en el momento de describir la vestimenta del caballero¹⁵. Por ello el resultado del laborioso disfraz es la aparición del nuevo peregrino que se expresa a veces por medio de una fórmula épica:

— Or escoutez dou roi com s'est desfigurez.
(*G. de B.* vv. 3124 y 3128).

El público en el episodio de la peregrinación fingida reconocería el motivo y apreciaría la mezcla de elementos groseros y villanos. El motivo del disfraz de peregrino puede también descomponerse en fases, como se hace con el armamento

15. J. Rychner, *La chanson de geste: essai sur l'art épique des jongleurs*. Ginebra, 1955, p. 128. *Chanson de Roland* VV. 994-1001; *Gaydon*, vv. 9770-9778.

del guerrero, y una prueba de la mecánica del motivo épico está precisamente cuando se utiliza una fórmula que queda fuera de toda lógica, cuando la mecánica del lenguaje formulario hace caer en el dislate. El rey árabe Ganor deja de bañarse durante un año para que su rostro se vaya ensuciando y ennegreciendo como tuvieron que hacer Carlomagno y Bernier, mientras que a él, moro, no le hacía ninguna falta¹⁶.

En el *Charroi de Nimes* el disfraz de mercader de Guillermo y de sus sobrinos aparece descrito con toda minuciosidad, y también su trayecto hacia Nimes conduciendo las carretas y los bueyes por caminos enfangados. El cantar utiliza para ello algunas de las fórmulas que en los cantares de gesta franceses introducían un momento especialmente heroico; todo ello con la intención de hacer resaltar la torpeza de Guillermo y de sus sobrinos dentro de un cometido que no era propio del *fier lignage* sino de carreteros, de villano¹⁷.

El viaje de los peregrinos no era en modo alguno oficio de villanos, y sin embargo al episodio de la peregrinación fingida dentro del cantar de gesta se le ha otorgado un matiz cómico. Por unos momentos se ha detenido en el cantar la tensión del enfrentamiento, armado o verbal, entre los dos mundos, las dos religiones o las dos sociedades al aparecer este episodio. Pero no estaría dentro del espíritu heroico de los cantares, de la ejemplaridad del héroe, si al final del episodio los falsos peregrinos no se quitaran el disfraz y recuperarían su dimensión épica. Para el auditorio medieval y para nosotros ahora, nunca ha sido demasiado perfecta la caracterización, el disfraz, siempre supieron y sabemos, quién se esconde detrás de aquel peregrino poco piadoso: el rey Ganor sin haberse bañado durante un año y con barba tiene sin embargo:

Mais le vis de devant ot il cler com fin or,
Par espales fu lés, moult ot bien fet le cors,
Graillers para la çainture et de moult biau deport.
Les mains bels et blanches, et si ot gros le col.

(A.A. vv. 2311-2314)

Por delante su rostro era claro como el oro puro,
las espaldas anchas, su cuerpo bien proporcionado,
delgada la cintura y de muy buen porte,
las manos bellas y blancas y el cuello grueso.

Y Carlomagno cuando en *G. de Bourgogne* un golpe de viento le arrebata el sombrero de peregrino que le ocultaba el rostro, *Lor li parut la face et la bouche et le nez* (v.1333), apareció «el rey que posee a la dulce Francia. Blanca tiene la barba y el continente altivo: si hay quien lo busque no es necesario que se lo enseñen» (*Chanson de Roland*, vvg. 116-119).

En dos obras muy diferentes entre sí que pertenecen a la narrativa francesa del siglo XII encontramos una auténtica peregrinación fingida. En ambas constituye un episodio aislado debido a la particular estructura del relato que se fue formando por aportaciones autónomas en la que intervinieron varios autores en un lapso

16. J. Rychner, *La chanson de geste...*, pp. 137 y 138.

17. J. Frappier, *Les chansons de geste du cycle de Guillaume d'Orange*, II, pp. 239-242; M. Mancini, *Società feudale e ideologia nel «Charroi de Nimes»*, Florencia, 1972, pp. 133-163.

de tiempo. Me refiero al episodio «Tristán peregrino» que se encuentra en la versión en prosa alemana de Gottfried von Strassburg, en la Saga escandinava, en el *Sir Tristram*, y se alude a él en la *Folie* de Oxford. Y, dentro del *Roman de Renard*, *Le pèlerinage de Renard* que se encuentra en la rama IX.

El deseo acuciante que tiene Tristán de ver a Iseo que ha regresado junto al rey Marc, hace que recurra a toda una serie de ardides para llegar hasta ella sin ser reconocido.

Los disfraces de Tristán no corresponden al mundo cortés al que pertenece por su nacimiento y sus actos caballerescos. Sus disfraces están de acuerdo con la vida anti-cortés que ha elegido llevar desde que bebió el filtro en la nave, se enamoró de Iseo y vivieron juntos en el bosque de Morrois. Gerbert de Montreuil en su *Continuación del Perceval* de Chrétien de Troyes al describir el momento en que Tristán y sus amigos se disfrazan de ministriles, utiliza el término *bestorner* (v. 3802) «volver al revés».

En cada uno de sus disfraces, Tristán el hijo del rey de Leonis y sobrino de Marc de Cornualles se vuelve del revés, se convierte en alguno de los «tipos» no cortesés de la sociedad medieval. Nadie podría identificarle con el leproso que tuvo entre sus brazos a la reina para que no se ensuciara con el fango en el Mal Paso, ni con el loco que contó ante los reyes y toda la corte los más íntimos detalles de sus amores con Iseo. Otras veces sus disfraces no son tan degradantes y su atuendo característico le incorpora a un grupo determinado que aunque no pertenezca a la corte puede ser acogido por ella. Tristán podrá llegar hasta la reina por ir vestido con las ropas propias del juglar, del monje, del penitente o del peregrino. Los disfraces ocultan en todo momento su identidad pero sus palabras revelan siempre quién es y qué desea.

Tristán llegó con el hábito de peregrino al lugar en que se había de celebrar el Juicio de Dios. Iseo llamó al peregrino para que la llevara en brazos desde el pontón flotante hasta el puerto. Y así lo hizo. Iseo le dijo en voz baja que al llegar al puerto se dejara caer con ella al suelo. Tristán se desplomó haciendo ver que se caía sin querer, de modo que quedó entre las piernas de Iseo y todo el mundo lo vio. (...) Iseo en presencia de Marc y de toda la corte juró sobre las reliquias que ningún otro hombre había estado entre sus piernas, excepto aquel pobre peregrino que le ayudó a pasar el vado. En nombre de Dios Iseo agarró el hierro al rojo vivo con la mano y no se quemó. El rey Marc y todos los presentes la creyeron y dieron gracias a Dios.

Tristán con el rostro teñido, las ropas andrajosas, oculta la cara por el sombrero, viaje confundido, se mezcla con la corte como uno de tantos peregrinos. Tristán peregrino, emprende una peregrinación fingida, sin motivo piadosos, sin ánimo penitencial. En su viaje no hay paisaje, ni ciudades ni santuarios a los que llegar. Su peregrinación es, una vez más, en dirección a Iseo para salvarla del hierro al rojo vivo o acudir a la cita en la Blanca Landa llegando, él sí, siempre a tiempo¹⁸.

18. *Le roman de Tristan*, par Thomas, ed. de Joseph Bedier, Paris, S.A.T.F., 1902-1905, 2 v. I, pp. 259-265; G. von Strassburg, *Tristán e Isolda*, trd. B. Dietz, Madrid, Siruela, 1987, pp. 199-201, A. Gunnlaugsdóttir, *Tristan en el norte*, Reykjavik, 1978, pp. 109 y 110. La alusión en la *Folie* de Oxford está en los vv. 825-827. En la versión alemana de Eilhart von Oberg, Tristán después de haber contraído matrimonio con Iseo de las Blancas Manos no puede vivir

La rama IX del *Roman de Renard* contiene *Le pèlerinage de Renard*, que es un episodio breve, pues no llega a los quinientos versos. Recordemos el argumento. Renard, el zorro, lleno de remordimientos por todos los desmanes que ha cometido y que le han hecho ser odiado por todo el mundo decide cambiar de vida. Va a confesarse con un ermitaño que, después de escuchar su confesión no se atreve a darle la absolución y le aconseja que vaya a Roma para que le absuelva el Papa. Toma, pues, Renard los hábitos de peregrino, alforjas y bordón, y se pone en camino. Desviándose intencionadamente del camino principal toma un sendero en donde se encuentra con Belin, el cordero, que está tristísimo porque su amo va a entregarlo a los campesinos para que se lo coman y su piel sirva para confeccionar unas botas para un noble en Roma. Renard le invita a unirse a él. Los dos peregrinos se encuentran con Bernard, el asno, que también se une al viaje, porque Renard le dice que en Roma no pasará hambre. Llega la noche y se albergan en casa de Primaud, el lobo, que está ausente y los tres peregrinos comen y beben en abundancia de lo que allí hay; cuando están cantando a tres voces aparecen Primaud, Isengrin y Hersent sorprendiendo a los intrusos. Se entabla una feroz lucha y los tres lobos van en busca de refuerzos; los peregrinos para escapar de sus ataques se suben a un árbol, pero el cordero y el asno, pésimos trepadores, se caen, teniendo la fortuna de que en su caída aplastan a varios lobos y el resto de la manada huye. Entonces los tres peregrinos, asustados y doloridos, aunque Renard no ha sufrido nada pues se ha limitado a dirigir la operación desde el árbol, deciden no continuar hasta Roma sino regresar, aunque sea a costa de seguir llevando la antigua vida, que ya no les parece al cordero y al asno tan miserable. Y entonces Renard, que aún no se había pronunciado, Renard, el peregrino penitencial, da la señal de regreso, de volver atrás, con el grito de los peregrinos: *Outrée, outrée, Adelante, adelante!* (v.9252).

El viaje que Renard emprende hacia Roma con la indumentaria característica del peregrino, con compañeros a los que abruma con su elocuencia magistral de citas de la Biblia y reflexiones piadosas relativas al amor de Dios por los pecadores, la búsqueda de hospedaje, los peligros a los que se enfrentan nos hacen pensar por unos momentos en la conversión de Renard y que su peregrinación penitencial está acompañada de una auténtica devoción.

Pero, una vez más, Renard, nos ha engañado desde el principio: falso ha sido su arrepentimiento durante la confesión, pues no lloraba por sus antiguos desmanes sino por haber perdido el ímpetu y la agilidad de cuando era *bachelor legers* (v. 8902) para cometer sus fechorías. En su confesión no aparece la humildad ni la contricción del penitente sino un recuerdo complacido y vanidoso de sus anteriores «hazañas», no todas, sólo algunas; y acaba diciéndole al ermitaño: «... hoy no os he dicho ni la mitad de mis pecados» (vv. 8942-8943). A Renard ni la confesión ni el camino penitencial a Roma ni su conocimiento de las prácticas religiosas

alejado de Iseo la Rubia. Acompañado por Governal abandona Bretaña y para no ser reconocido «... Tristán se vistió con ropas grises, se calzó zapatos de puntas redondas y tomó alforjas y bordón como si fuera un peregrino. Su escudero Governal se vistió como él» (vv. 7446-7449) y nadie les reconoció. Tristán se encontró con Iseo en la Blanca Landa: Eilhart von Oberge, *Tristrant*, ed. F. Lichtenstein, Estrasburgo, 1877, pp. 331-335; *Tristrant*, par E. Von Oberg, texte établi et présenté par D. Buschinger et W. Spiewok, 10/18, París, 1986, pp. 206-208.

han servido para «convertirlo»: roba en casa de Primaut, lucha con otros animales, azuza a sus compañeros a que los maten y no vacila ni un segundo en abandonar la peregrinación, es decir, no le importa nada el no llegar a Roma en donde había de ser absuelto de sus pecados por el Papa¹⁹.

En el *Pèlerinage de Renard* aparecen ciertas costumbres y usos ya asentados en el viaje del peregrino, y todo ello expuesto con un cierto escepticismo, casi una crítica, a una de las instituciones más respetadas de la Edad Media. No al acto devoto y sacrificado, a la finalidad piadosa de la peregrinación sino a algún aspecto que a finales del siglo XII, cuando parece que fue escrita la rama IX, ya se daba.

Renard nos expone los motivos egoístas de algunos peregrinos, el aprovechamiento económico de ciertos señores, los abusos en el hospedaje, la peligrosidad del viaje... Por ello se acentúa la incorporación interesada del cordero y del asno a la peregrinación: se alude al tributo o peaje abusivo cuando Renard no quiere pasar por el *grant chemin* (v. 8. 965) porque tendría que pagar, él no con dinero, sino con su bella y valiosa piel de zorro.

Los envíos irónicos a las peregrinaciones se van sucediendo: al llegar a la bien provista casa de Primaut dicen que allí hay «todo cuanto ha de menester el peregrino» (v. 9094), lo que les sirve para emborracharse; luego, el ataque de los lobos que representa la aventura peligrosa que entrañaba toda peregrinación; y al final el abandono de la peregrinación ante las dificultades, al no haber un fundamento, una base auténticamente de fe que la sustentase: «Señores, dijo Renard, a fe mía este camino es duro y penoso; hay muchos nobles en este mundo que nunca estuvieron en Roma y hay otros que han regresado de siete peregrinaciones peores de lo que se fueron. Voy a emprender el regreso y viviré de mi trabajo, ganaré mi paga honradamente y ayudaré a los pobres. Entonces gritaron: ¡Adelante, adelante!, y dieron media vuelta» (vv. 9.241-9.252).

Las palabras de Renard nos suenan a parodia de las canciones de cruzada y de los sermones de la época invitando a la peregrinación y ponderando las ventajas espirituales; antipropaganda discreta, eso sí, pues todavía las críticas a la piadosa institución, a sus componentes y a su entorno no se expresaban muy claramente.

Críticas a la peregrinación, advertencias contra los falsos peregrinos, en la *Primera Partida*, título XXIV, leyes 1-2-3: De los romeros e de los peregrinos. En las guías de peregrinos, en los sermones, en narraciones y en canciones. Y se ríen y se burlan de las peregrinaciones fingidas y de los falsos peregrinos los trovadores gallego-portugueses en algunas de las cantigas de ultramar²⁰. Estos falsos peregrinos

19. Las referencias al texto proceden de la edición de M. Roques, *Le roman de Renart*, branches, VII-IX, París, 1955, C.F.M.A. vv. 8791-9252, pp. 100-114. Para estas páginas he consultado: Robert Bossuat, *Le roman de Renard*. París: Hatier, 1967. (Connaissance des lettres); Juan Nogués, *Estudios sobre el Roman de Renard (en relación con los cuentos españoles y extranjeros)*. Salamanca, 1956, pp. 165-183; John Flinn, *Le roman de Renart dans la littérature étrangères au Moyen Age*. París: Presses Universitaires de France, 1963, pp. 91-95; Jean Subrenat, «Les confessions de Renard» en *Epopée animale, fable, fabliau. Actes du IV e Colloque de la Société Internationale renardienne*. Evreux, 1981, pp. 625-640.

20. M.ª Cleofé Tato García, *Las «Cantigas de ultramar» gallego-portuguesas*, en «Actes du XVIII Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes», Tome VI, Tübinga, 1988, pp. 190-201. Estas cantigas que aluden a Pero d'Ambroa y a falsos peregrinos tienen

nos que quieren «chufar» a sus compañeros tienen alguna vez nombre y apellido concreto: como Pedro d'Ambroa que presumía de haber viajado a Tierra Santa y tal vez a algún otro centro de peregrinación. Cuatro trovadores, Pedro Amigo de Sevilha, Pero Gómez de Barroso, Joan Baveca y Gonçal'Eanes do Vinhal le echan en cara en que sólo llegara a Montpellier en su pretendida romería a Ultramar y que cuando afirmó haber llegado a Santa María de Rocamador ni siquiera cruzó los Pirineos, aunque alguien le viera regresar «come romeu que ven cansado».

Pelerins, palmeiros, o romeus... como estos otros tres que fingen volver de Tierra Santa, «Josafás», contando los peligros que habían pasado y mencionando los lugares pretendidamente ultramarinos que habían visitado y que no son otra cosa más que localidades peninsulares a las que alteran el nombre para darles un cierto aire oriental con evidente intención cómica.

Dicen haber peregrinado y no se han movido de su tierra por miedo. Miedo al mar, a la larga travesía, al peligroso viaje, a lo desconocido; pero no sólo se acusa de ello a los trovadores gallego-portugueses. El trovador provenzal Folquet de Marselha exhorta en una canción de cruzada a los reyes de Castilla y de Aragón y a sus súbditos a que emprendan una nueva campaña contra los moros después de la derrota de Alarcos (1195) y les advierte que para luchar en España no existe la justificación del miedo al mar y a los vientos como ocurre cuando se ha de ir a rescatar el «sepulcro»²¹. Este miedo al mar también lo debía sentir Sordel pues lo declara abiertamente «porque temo tanto el mar cuando el tiempo es malo que de ningún modo puedo pasar más allá»²², aunque es posible que no fuera éste el verdadero motivo sino sólo una excusa, por otro lado parece que muy frecuente, para no participa en la cruzada de Carlos de Anjou (1248). También este mismo trovador ironiza en la misma canción acerca de Bertrán d'Alamanon cuando dice que «conoce tan bien los mejores vientos que en un sólo día va y vuelve fácilmente de Ultramar» (vv. 17-24), es decir, que igual que los falsos peregrinos alardeaba de sus largos viajes sin moverse de su tierra.

Muchas fueron las mujeres peregrinas. Sabemos el nombre de las que fueron reinas, nobles o santas, sus donaciones y los santuarios que visitaron y por qué motivo. Pero hubo muchas más que posiblemente realizaron la romería muchas veces en su vida, o sólo una, con unas características que hoy desconocemos: un estudio reciente nos ayuda a conocer a muchas de aquellas mujeres para las que la peregrinación era incluso una especie de afición apasionada²³.

Las peregrinas que caminan por las Cantigas y por la literatura de milagros o por el Romancero, son mujeres devotas que piden una curación, o dan gracias o hacen penitencia; con los hijos de la mano, junto al marido, o con sus padres. O vigiladas por una dueña o por un capellán. En grupos de mujeres solas, de dos en dos o de tres en tres.

los números 44, 170, 189, 311, 314, 315 y 393 en la edición de M.R. Lapa, *Cantigas d'escarnho e de mal dizer dos cancioneros medievais galego-portugueses*, Vigo, Galaxia, 1970, 2.^a Quiero recordar desde aquí, y agradecer, las largas conversaciones telefónicas que hemos tenido Cleo y yo hablando de peregrinos y de cruzados, verdaderos y falsos.

21. *Huiemais no' y conosc razo*, 155. 15.

22. *Lai al comte mon segnor voill pregar*, 437, 18 vv. 14 y 15.

23. M. González Vázquez, *Las mujeres de la Edad Media y el Camino de Santiago*, Xunta de Galicia. Consellería da Presidencia e Administración Pública, 1989.

Hay falsas peregrinas como doña Sancha, la mujer de Fernán González que para ver a su marido, prisionero del rey de León, simuló una romería a Santiago con «sua esportela ao colo e seu bordon ena mano» y así pudo llegar a su marido y sacarle de la prisión²⁴. Y lo mismo hizo la condesita peregrina del Romancero caminando en busca de su marido, el conde Flores²⁵.

Pero también las peregrinas, verdaderas o falsas, suscitaron el recelo y la desconfianza de la Iglesia y de sus maridos. Por eso en la literatura las falsas peregrinas que más abundan son las que fingen una peregrinación para tener una aventura extraconyugal.

¿La literatura representa la vida real? ¿o es al revés? La evolución del vocabulario refleja esta especial característica de las falsas peregrinas: la palabra *coquillard* designaba en los siglos XVI y XVII a la mujer que engaña al marido²⁶. Y un refrán portugués dice: «Ir romeira e vir rameira».

Hasta el piadoso propósito de Berta, la mujer de Girart de Rousilhó, que viaja *a ley de pelerin* para no ser reconocida y contribuir con sus manos a la construcción de la iglesia de la Magdalena de Vezelay, se ve mal interpretado por un joven criado que al verla dormida quiere aprovecharse de «la dama peregrina»²⁷.

En la canción *Faraí un vers pos mi sonelh* del primer trovador Guilhem de Peitieu es el mismo duque de Aquitania quien nos da a conocer un episodio de su autobiografía ficticia; aunque siempre nos puede quedar alguna duda sobre la absoluta ficcionalidad de esta anécdota escabrosa.

Guilhem de Peitieu recuerda su peregrinación por los caminos del Lemosín *totz sols, a tapi* (v.14), sólo y vestido con la esclavina o capa corta propia del peregrino, en dirección a San Léonard de Noblat, importante centro de peregrinación desde principios del XII. Y porque es un camino de peregrinos van también por él dos mujeres solas, quizá también hacia San Léonard o regresando de allí. Su disfraz, al de Guilhem, es tan perfecto que estas dos mujeres que él conoce «la mujer de Garín y la de Bernardo» no le reconocen y le saludan abiertamente con un «Dios os guarde, señor peregrino; me parecéis de muy buena condición»; él no les contesta porque se finge mudo. Entonces dicen ellas: «Hermana, hemos hallado lo que vamos buscando... alberguémoslo, que es completamente mudo, y nuestro propósito nunca será divulgado por él».

Lo que sigue es de sobras conocido: lo llevan hasta la casa acogiéndole bajo el manto de una de ellas (eran, pues, también peregrinas) como signo de protección y hospitalidad pero también es proximidad física, intimidad. Una vez en la casa, el baño, la comida fuerte, el calor del fuego y del horno, el vino y la abundante pimienta. Y luego la salvaje prueba con el gato rojo que le araña de pies a cabeza sin que al mudo peregrino le saque una palabra. Y por último el «goce», como ellas le llaman, que es una jactanciosa e inverosímil proeza erótica que deja muy mal parado al peregrino. En esta historia, en esta autobiografía no deseada, son las dos mujeres que iban por la vía de peregrinación las que han conseguido lo

24. M. González Vázquez, *Las mujeres...*, p. 63.

25. R. Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos*, Espasa Calpe, 1976, pp. 207-212.

26. *Coquillard*: femme qui trompe son mari. E. Huguet, *Dictionnaire de la langue française du seizième siècle*, tome deuxième, Paris, 1932, pp. 358.

27. *Girart de Roussillon, chanson de geste*, publiée par W. Mary Hackett, 3 vols. Paris, t. II, DCL-DCLII.

que iban buscando: aprovecharse de algún peregrino de buena apariencia. Pero era Guilhem de Peitieu, también falso peregrino y falso mudo; y su venganza fue cantar la historia, cantar sus nombres²⁸.

Otras dos falsas peregrinas con fines parecidos a los de las mujeres de Guilhem de Peitieu pero expresados en un tono más suavizado, se encuentran en dos *razós* o comentarios en prosa a las poesías de los trovadores provenzales. El redactor, o los redactores, aprovechan una anécdota conocida, haciendo del trovador del que han de dar noticia el decepcionado testigo de una novelita escabrosa. Es tan parecida la historia en los dos textos que se puede resumir de la siguiente manera: La dama cantada y amada por el trovador sale de su casa con el pretexto de ir en peregrinación a un santuario próximo. Antes ha concertado una cita con un caballero del que está enamorada en una casa situada en el camino de peregrinación, y en los dos casos esta casa es la vivienda del trovador que en aquellos momentos está ausente. Los enamorados se encuentran y comparten durante varios días la casa y el lecho del trovador. La dama de la *razó* del trovador Gaucelm Faidit continuó su viaje para cumplir su voto en Santa María de Rocamadour y de regreso se volvió a quedar dos días más en la casa y en la cama del trovador con su caballero. Cuando Gaucelm y Guilhem de Saint Leidier, que es el otro trovador, se enteraron, se pusieron muy tristes y cada uno compuso una *cansó* en la que apartaba de su corazón a la dama²⁹.

Y también son falsas peregrinas las mujeres del fabliaux *Trois dames de Paris* que salen de sus casas para pasar una noche fantasmagórica de taberna en taberna con la excusa de emprender una peregrinación. Y la comadre de Bath «docta en remedios de amor»; y doña Cuaresma «... demudada desta guisa que vedes» para escapar de un nuevo desafío de Don Carnal. Y más falsos peregrinos en el *Decamerón* y el peregrino del final del *Roman de la Rose* de Juan de Meun que camina con sus atributos hasta llegar a conseguir la rosa.

Los peregrinos reales, los fingidos o los alegóricos irán recorriendo todos los caminos de la literatura universal. A veces tendrán un aire grave y serio, otras cómico, o pícaro o desvergonzado, pero no dudarán en emprender una peregrinación fingida porque es un viaje en el que se va libre de toda atadura incluso despojado del nombre y de la verdadera identidad porque debajo de sus capas polvorientas y de sus sombreros se esconde toda la condición humana.

28. M. de Riquer, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, Barcelona, 1975, pp. 133-138. E. Köher, *Wilhelm IX, der Pilger un die rote Katze*, «Mélanges Pierre Le Gentil», París, 1973, pp. 421-434.

29. J. Boutière et A. H. Schutz, *Biographies des troubadours*, París, 1964; la *razó* de Gaucelm Faiditi, 167, 52 está en las pp. 180-181 y la de Guillem en Saint Leidier, 234, 16 en las pp. 274-275.